

EL ESPECTÁCULO DE LA CIENCIA

(Sí, he dicho espectáculo...)

JORGE ALCALDE

Un hombre, ataviado con un pantalón corto idéntico al de otros diez, acaba de colocar dentro de una red de un certero puntapié un esférico de cuero formado por hexágonos y pentágonos cosidos entre sí. Cientos de miles de personas jalean el logro. Es, sin duda, un gran espectáculo. Equiparable en emoción, dicen los entendidos, a una buena obra de teatro, a una función de circo, a una gran película... ¡espectáculos!

Podrá parecerle ridículo al lector, pero desde que me dedico a la divulgación científica en las páginas de la revista *Muy Interesante* albergo el inalcanzable sueño de que la escena anterior, tan habitual que no necesita explicación, tan cercana a nosotros que se ha convertido en un *meme*, pudiera ser tal como sigue: un biólogo molecular de reconocido prestigio, ataviado con bata blanca, acaba de terminar el mapa proteómico humano completo, la definición exacta de la función que juegan los millones de proteínas que sintetizan los genes de nuestro ADN. Avanza por un pasillo rodeado de periodistas

al fondo del cual una masa frenética se agolpa en busca de un autógrafo. Mañana, será portada de todos los periódicos del mundo y, lo más importante, los ciudadanos comentarán la hazaña a pie de taberna, porque conocen los entresijos de la proteómica tan al dedillo como la alineación del Real Madrid.

¡Basta de risitas! Sé que suena a estupidez: ¿La ciencia, un espectáculo?... Pero no crean que se trata de una idea improvisada, de una provocación sin ton ni son. Cuento con argumentos. Y se los voy a mostrar.

Con las nuevas normas de seguridad de la UEFA, en un estadio de fútbol español pueden caber, a lo sumo, cerca de 90.000 espectadores. Gritan, vibran, se exaltan con el devenir de sus ídolos sobre el tapete verde de césped replantado. Cada mes, la revista *Muy Interesante* es leída por 1.746.000 personas, según los últimos datos del Estudio General de Medios (EGM) Oleada 2, de 2001.

Por supuesto, no voy a decirles que gritan, vibran y se exaltan con la lectura de nuestros artículos de as-

tronomía, biología, salud, historia, arqueología, naturaleza... Pero sí que puedo asegurar que se divierten. Y lo hago basándome en datos objetivos (no sólo en mi deseo de seguir dando de comer a mis hijos con lo que me paga la empresa alemana editora de la revista, GyJ). El primer dato objetivo es que los casi dos millones de personas que leen *Muy*, repiten al mes siguiente. El segundo, es que contamos con herramientas de *marketing* para conocer su opinión sobre nuestro producto, número tras número, y dicha opinión nos concede calificaciones de notable alto. El tercer dato es algo sensible: se basa en la emoción que produce recibir de vez en cuando cartas de lectores que hoy son químicos, médicos, biólogos o astrónomos porque un día comprendieron en nuestras páginas que la ciencia es divertida... ¿Un espectáculo?



Bueno, es cierto que el fútbol no sólo concita el interés de los 90.000 asistentes que acuden al campo, sino que es motivo de atención para otros millones de personas que lo siguen por televisión, lo analizan en las docenas de páginas de periódicos deportivos, lo digieren en las noches de radio, lo rumian en su intelecto una y otra vez. Pero obsérvese que el puente entre el estadio de fútbol y los millones de seguidores a distancia del deporte/espectáculo no lo pone la calidad del mismo, sino que está construido con unos ladrillos muy particulares: periodistas. Miles de periodistas deportivos que cada mañana se levantan con la tranquilidad de que ningún medio de comunicación moderno puede prescindir de ellos, de que no existe informativo de radio y televisión sin sección de deportes; ni diario generalista sin páginas y páginas dedicadas a la competición. Salen a la caza de noticias y no tienen que preocuparse por encontrar un hueco para ellas... lo tienen garantizado: ya se trate de unas declaraciones insulsas sobre lo bien que se lleva el banquillo A o de la reseña de la última torcedura de tobillo del jugador B.

Llegarán a la redacción de su diario y allí encontrarán a su colega, el periodista científico (en el mejor de los casos dedicado a ello en exclusiva pero las más de las veces obligado a compartir dicha tarea con la cobertura de otras innumerables informaciones de carácter social o cultural) agobiado porque no sabe cómo convencer al redactor jefe de mesa de que a la gente le interesaría saber que la Mars Odissey ha entrado en órbita con Marte. O, quizás, exultante porque el susodicho redactor jefe le ha concedido media columna en *Sociedad*.

No voy a ser tan simplista de pensar que si la ciencia no es hoy un espectáculo, es porque hay más periodistas deportivos que científicos, pero es innegable que

la labor divulgativa de esas legiones de colegas del deporte resulta tan sencilla como eficaz. ¿Hay alguien que no sepa lo que es un penalti? ¿Y si hiciéramos la prueba y preguntáramos a los transeúntes de la calle qué es un neutrino?

El primer paso para la divulgación científica es la información. Sobre la relación entre información y divulgación se ha escrito y debatido hasta la saciedad. Se dice que informar de ciencia no supone formar sobre ciencia. Y se arguye que las piezas noticiosas sobre una u otra investigación no han de ser necesariamente divertidas, basta con que cumplan su función periodística. Puede ser, pero no cabe duda de que quienes devoran las páginas deportivas de la prensa generalista han de encontrar algún placer especial en leer la crónica de un partido de fútbol jugado hace 24 horas. Y es posible que tales dosis de placer, de disfrute, procedan de la realidad incuestionable de que saben bien de qué se está hablando, entienden de fútbol, son anónimos expertos con criterio suficiente para decidir qué está bien escrito y qué no.

Los autores de esa educación futbolística que ha impregnado todas las capas de nuestra sociedad, de la masiva divulgación del balompié son la pléyade de periodistas que informan cada día sobre el juego hasta convertirlo en espectáculo. No son futbolistas, entrenadores ni árbitros. Pueden haber pasado su vida sin pegar una patada al balón, pero poseen la clave íntima de la divulgación: pasión y capacidad para divertirse y divertirse con el objeto de sus investigaciones.

¿Sería posible un proceso similar con la información científica? Si no creyera que la respuesta es sí no me levantaría cada mañana para viajar en tren durante una hora antes de entrar en la redacción madrileña de *Muy Interesante*.

En su apartado dedicado a las revistas de divulgación científica (y pseudo-científica) (2.2.16), la *oficina de justificación de la difusión* (OJD) publicaba a mediados de febrero la tirada de las siguientes revistas, controlada de forma semestral en la mayoría de casos. Se ordenan según el promedio de difusión (*nota de redacción*). (Fuente: OJD)

Cabecera		Promedio tirada	Promedio difusión	Período controlado
Muy Interesante	semestral	363.945	283.690	jul-00/jun-01
National Geographic	semestral	280.242	213.581	jul-00/jun-01
Quo	semestral	259.279	160.503	jul-00/jun-01
National Geographic (especial)	semestral	101.719	81.652	jul-00/jun-01
CNR	semestral	112.697	65.500	jul-00/jun-01
Muy (especial)	semestral	99.667	64.597	jul-00/jun-01
Año Cero	semestral	108.742	62.178	jul-00/jun-01
Geo	semestral	99.396	60.737	jul-00/jun-01
Más allá de la Ciencia	semestral	67.736	34.020	jul-00/jun-01
Natura	mensual	57.155	24.391	ene-00/dic-00
Investigación y Ciencia	mensual	35.467	24.731	ene-00/dic-00

La ciencia posee la misma capacidad de encantamiento que el deporte: conmueve, crea adicción, provoca la curiosidad, cambia cada día, está preñada de héroes, mueve mucho dinero. Pero, además, es útil. Leer sobre ciencia divierte, sacia la curiosidad y nutre. Y eso lo saben los casi dos millones de lectores de *Muy*. En nuestras páginas encuentran el entretenimiento cultivador que la divulgación científica ofrece mejor que ninguna otra. Por su parte, los privilegiados periodistas que confeccionamos la revista nos esforzamos por conseguir que la noticia científica sea tratada con el entusiasmo que los lectores se merecen. Si Raúl o Rivaldo son héroes, también pueden serlo Mariano Barbacid, Martín Rees o Ian Wilmut, ¿por qué no? Podemos hacer que un oncochip cautive tanto como un balón... con 1.746.000 lectores, al menos, lo hemos logrado.

Como escribió Chesterton, "divertido no es lo contrario de serio, es lo contrario de aburrido"

Y lo hemos logrado con un producto que, para colmo, es económicamente rentable. Una revista que no está hecha por científicos ni expresamente para científicos. Es más, ni siquiera es una revista científica al uso. Se trata más bien de un producto periodístico de interés general donde se mezclan consideraciones de carácter cultural, social, artístico, histórico con algunas dosis de actualidad y mucha base de curiosidad intelectual. Los profesionales que la hacen no son cocineros de la sorpresa, del rigor y del placer por leer. Pero no escriben de fútbol (casi nunca), escriben sobre ciencia. Porque la ciencia puede y debe ser divertida. ¿Un espectáculo?

Soy consciente de que la frontera del divertimento es un arma de doble filo, un camino minado sobre el que hay que andar con pies de plomo. Desde *Muy* también nos esforzamos por contradecir a los que piensan que la divulgación divertida banaliza la ciencia. Los que temen que la diversión erosiona el rigor. Pero estamos convencidos de que, como escribió Chesterton, "divertido no es lo contrario de serio, es lo contrario de aburrido". Es más, la auténtica banalización de la ciencia procede de su constante estado de precariedad en muchos medios informativos. El periodista científico de un medio no especializado (pongamos, un periódico de información

general) ha de competir a menudo por un espacio entre decenas de informaciones de mayor presencia que las suyas. La prensa, siempre presionada por la necesidad de grandes titulares, termina por dejar aflorar sólo aquellas informaciones científicas que llevan una carga de emoción añadida: vacas locas, plutonio enriquecido, monstruos genéticos o falsas expectativas de curación de determinado cáncer. El deseable espectáculo científico termina convirtiéndose en vedetismo o en galería de catástrofes.

Afortunadamente contamos con profesionales de solvencia suficiente para lidiar este toro en medios de tirada nacional que todos conocemos. Pero siempre está al acecho el peligro de que la información científica aflore por otros canales menos solventes.

Por eso es necesario que surjan revistas como *Muy*, muchas revistas (y lo digo en estos tiempos difíciles en los que la tendencia es a que desaparezcan títulos); espacios donde el respeto a la información científica está garantizado, donde no se corre el riesgo de caer en el vedetismo, el catastrofismo y la banalización sencillamente porque no hay que competir con la noticia del corazon, el último escándalo financiero o las bobadas de la vidente de moda.

No, el sueño del biólogo molecular transfigurado en estrella del rock no es tan demencial como creía. Evidentemente la ciencia no necesita de la fama (por fortuna) y es posible que muchos de los que leen esto (si es que siguen leyéndolo a estas alturas del artículo) piensen que el saber científico puede vivir muy bien sin las mieles del espectáculo. Estoy de acuerdo con ellos. Pero divulgar en el desierto es muy aburrido. Hacerlo para 1.746.000 lectores es un honor. Para tantos seguidores como tiene la final del Campeonato del Mundo de fútbol sería la señal de que nuestro mundo es un poquito mejor. **é**